

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 28 DE FERRERO DE 1909

NÚMERO 61



## EL TALISMAN

(CONCLUSIÓN)

Cerca hay un arroyo que lleva agua limpia como cristales y fresca como el rocío... Si tuviera en qué traerla.

—¿La traerías?

—¡Con toda mi alma!

Ayuntamiento de Madrid

—Toma esta calabaza, llénala y no te tardes... piensa que te espero con sed...

Julio voló en busca del arroyo; la presencia del anciano le prestaba un vigor y un consuelo infinito; la llenó y otra vez llegó á su lado presuroso.

El anciano bebió con deleite, y, dejando al pie del árbol la mediada calabaza, le dijo:

—¡Bien, hijo mío! Has cumplido tu deber de cristiano, has hecho dos obras de misericordia; ni mi caída te ha causado gozo, ni mi sed te ha sido indiferente; no en balde has pensado que Dios no te abandonaría. Sed he padecido alguna otra vez, sin que á mis labios se acercara mano compasiva para apagarla; en tierra cayó mi cuerpo dolorido, siendo escarnio de los que no me dieron apoyo para levantarme; tú en cambio has dado de beber al sediento y has consolado al triste; bien, hijo mío... Ahora escucha. Tú también has necesidad de consuelo porque lloras, de amparo porque estás solo, de guía porque te encuentras perdido en el sendero de la vida humana; yo he de pagarte tu buen corazón, y aquí tienes el premio. En esta cajita hay granos de una simiente milagrosa; cada vez que te sientas desmayado de espíritu, sin fuerzas para luchar, toma uno, verás cómo te conforta y te alienta. En este espejito, que has de conservar siempre limpio, te mirarás todos los días; él guiará tus pasos en la tierra. Cuando un mal pensamiento cruce por tu cabeza, su cristal sucio y empañado no copiará tu rostro; desvíale de tu alma y volverás á ver en él tu imagen con toda claridad y pureza... y ahora, vuelve á tu casa, que Aquel que todo lo puede va á conducir un alma al reino de su padre.

Apenas dichas estas palabras, sucedió una cosa extraordinaria: la vigorosa figura del anciano perdió consistencia; como si fuese formada de nubes, de vapores, de jirones de niebla, fué aclarándose, haciéndose diáfana hasta el punto de verse á través de su forma de ensueño el campo, los árboles, la rectoral... todo.

Después, nada; un perfume que recordaba el del incienso al elevarse en blanca humareda bajo las naves del templo; el árbol... la piedra... y el campo, todo como antes.

Julito se puso de pie, creyéndose víctima de una pesadilla, pero en sus manos la preciosa cajita y el espejo le volvieron á la realidad; no era sueño, no fué ilusión...

## II

Ha pasado mucho tiempo, mucho. Julito es hoy un hombre fuerte, inteligente, rico. Todo lo que se propuso logró: fortuna, respeto y

felicidad; ni un solo momento de su vida abandonó los dones que aquel anciano le diera en la triste noche de su desamparo. Cuando los embates de la lucha por la vida restaban fuerzas á su espíritu, un grano de la milagrosa simiente volvía á su cuerpo el vigor perdido; cuando, después de la labor del día, buscaba el reposo, el cristal del espejo retrataba con limpidez las nobles líneas de su rostro; ni una sola vez le encontró empañado.

Y ahora... ¿Queréis saber, queridos amiguitos, el secreto de la caja y el espejo...?

Pues yo os lo diré.

Los granos de simiente se llaman: «fuerza de voluntad»; con ella el hombre consigue ser útil en la tierra para sí y para los demás; el espejo es la «conciencia», norma que guía los pasos en el sendero de la vida, juez de las propias acciones, que siempre dicta al hombre la hermosa misión de paz y de consuelo... *Amáos los unos á los otros.*

FRANCISCO BARRAYCOA





## LOS ALIMENTOS

Se llama alimento á toda substancia que puede acudir á remediar las necesidades del organismo y reparar sus pérdidas. Una vez introducidos los alimentos en el estómago, sufren una transformación mediante los ácidos, que tienen como misión la de ponerlos en condiciones de asimilarse por completo.

El hombre pierde 20 gramos de nitrógeno y 300 de carbono durante cada día, y es preciso que el alimento le reintegre de estas pérdidas y aun que le deje un sobrante.

Pero claro es que no todos los alimentos proporcionan los principios perdidos, sino que cada uno suministra uno de los que son indispensables: así el régimen animal, es decir, el sistema de comer carnes y pescados, aun cuando suministra nitrógeno en abundancia, no produce el carbono en suficiente cantidad, y lo contrario ocurre con el régimen vegetal. De aquí se deduce la necesidad de una alimentación variada.

La cantidad de alimento que el organismo humano ha menester para su ración de veinticuatro horas, se calcula en 350 gramos de carne, 600 gramos de pan, 60 de grasa y manteca y 50 de judías. Claro está que esta ración es la mínima y no puede darse á un obrero, un labrador ó un individuo que deba sufrir un trabajo sostenido y continuo. A más de las substancias antes expresadas, el hombre necesita de otro elemento de nutrición: el agua, no obstante entrar en el organismo formando parte de los alimentos más variados.

En cuanto al valor nutritivo de éstos, es muy variable, en los que proceden del reino animal, según la clase de aquel de donde provengan, y según su edad, corpulencia, estado de salud, sexo, etc. Así, la

carne de buey es muy nutritiva, en tanto que la de ternera es floja y poco alimenticia; la del cerdo es la que sigue inmediatamente á aquélla, viniendo después la de carnero. Los pollos, capones y gallinas son poco nutritivos y útiles más bien á los enfermos, convalecientes y personas de estómago delicado; el pavo es más substancioso. La caza es eminentemente nutritiva. El pescado es un gran elemento de nutrición, así como el huevo, que contiene albúmina, grasa y sales en gran proporción; la leche, el más completo y digerible de los alimentos, conteniendo todos los principios necesarios á la nutrición, por lo que permite sostener una vida activa usándola tan solo; la crema de la leche es un alimento excelente, así como el queso, que es muy nutritivo.

Los vegetales proporcionan los hidratos de carbono imprescindibles del organismo, y contienen también albúmina, alcaloides, sales y grasas. Las frutas ofrecen asimismo gran variedad en el concepto alimenticio; pero tanto unos como otros encierran menos albuminoides de las que el hombre necesita, por lo cual hay que completar este defecto ingiriendo otras substancias que los contengan.

Los pueblos más incultos, como los australianos, no viven más que de los frutos que encuentran en sus correrías, y de una caza y pesca rudimentarias. De esto se infiere que los hombres primitivos debieron confiar á los vegetales principalmente el cuidado de su alimentación. Más tarde emplearon ya la leche de los rebaños, y después, en un grado de civilización más avanzado, cultivaron los cereales.

En los primeros tiempos de Grecia y de Roma, el fundamento de la alimentación lo constituían los cereales y sus productos, que ingerían después de cocerlos, tostarlos ó hervirlos; más tarde los machacaron en morteros especiales, y de aquí, poco á poco, vinieron á fabricar la harina. Con ésta preparaban, además del pan, gachas de varias clases, pasteles, etc.

Entre las legumbres tenían especial predilección por las habas, que comían secas; usaron asimismo las lentejas, los garbanzos, el guisante, las habichuelas, y en clase de verduras, la lechuga, escarola, cardo, alcachofas, zanahorias, coles, coliflor, etc., etc.

Al adelantar la civilización greco-romana, se fué dejando á un lado la primitiva frugalidad y empezáronse á utilizar los animales para la humana alimentación. A excepción de los bichos que en cada país se consideraban sagrados, ninguna especie se libró de la gula de los romanos. Consideraban venenosa la carne de la codorniz y la tortuga de mar; á la de ciervo la reputaban indigesta. Hasta la época de Plinio figuraron los perros asados ó hervidos entre los numerosos platos servidos en los banquetes, especialmente en las comidas funerarias.

Tanto los griegos como los romanos usaron mucho el pescado para su alimentación, y en la época del Imperio llegaron á no considerar bastante fresco sino á aquel que se enseñaba vivo y encerrado en un frasco á los comensales, y que mataban antes de los banquetes.

JUAN ANTON



## MARGARITA LA MIMADA

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN FRANCÉS POR LA CONDESA DE SEGUR  
Y ARREGLADA EN VERSO POR C. L. DE CUENCA

### PERSONAJES

VÍCTOR, treinta años. ROSALÍA, su mujer, veintitrés. MARGARITA, su hija, seis. BLANCA, trece; CLEMENCIA, quince, hermanas de Rosalía. PEDRO, su hermano, veinticinco. LUIS, quince; PABLO, trece, sus primos. PASCUAL, criado, cuarenta y tres. JULIA, doncella, veinte.

### ACTO PRIMERO

La escena representa el gabinete de Margarita.

#### ESCENA PRIMERA

BLANCA y CLEMENCIA están junto á un velador cosiendo un traje de muñeca.

BLAN. ¿Has acabado la falda?

CLEM. Qué he de acabar, hija mía.

Es una tela tan dura que no hay quien cosa de prisa.

BLAN. Pues ésta del abriguito tampoco tiene malicia.

Se me han roto tres agujas.

CLEM. Mira tú que es divertida la vidita que llevamos en casa de Rosalía.

Trabajando á todas horas y aguantando á Margarita, que es la niña más cargante que he visto en toda mi vida.

BLAN. Rosalía, nuestra hermana, tiene la culpa. La mimaba tan exageradamente.

CLEM. Pues su papá, no le diga.

BLAN. ¡Dónde va á parar! Su padre la mimaba más todavía.

CLEM. Y nosotras lo pagamos.

BLAN. Si que estamos divertidas sujetas á los antojos y caprichos de la niña.

CLEM. Yo lo deajo; estoy cansada.

3. AN. También yo. Estoy aburrida. *(Dejan sobre el velador sus labores y se sientan cada una en un sillón.)*

CLEM. Descansemos un ratito ya que no está la chiquilla. *(Se quedan dormidas.)*

### ESCENA II

DICHAS y MARGARITA que entra muy despacio.

MARG. ¡Me gusta! ¿Habrá perezosas? ¡Sin acabar su tarea se duermen las holgazanas! Le probaré á la muñeca

- sin vestido. A qué está el cuerpo...  
(*Coge la labor de Clemencia, y al tratar de vestir á la muñeca se pincha con la aguja.*)  
¡Ay, ay! ¡Bribonas! ¡Perversas!
- CLEM. (*Desperlando asustada.*)  
¿Qué sucede?
- BLAN. (*Lo mismo.*) ¿Qué ha pasado?
- MARG. Me habéis hecho sangre.
- CLEM. ¿Dónde?
- MARG. Aquí, miradlo, en la yema del dedo, con una aguja.
- CLEM. ¿Nosotras?
- BLAN. Niñ<sup>o</sup>, no mientas.  
Qué hemos de haberte pinchado.  
Te has pinchado tú.
- MARG. Embustera.  
Me habéis pinchado vosotras.  
Vosotras; y en cuanto venga mamá se lo cuento todo.
- CLEM. ¡Vamos lo que tú deseas  
es que nos regañen.
- MARG. Eso,  
y que os castiguen.
- BLAN. Qué buenas intenciones. ¡Qué monada!  
Pues mira, para que aprendas á no ser calumniadora,  
hoy te guardo la muñeca.  
(*Coge la muñeca y Margarita corre á quitársela.*)
- MARG. ¡Trae mi muñeca, que es mía!  
¡Suelta!
- BLAN. No te canses.
- MARG. ¡Suelta!  
(*Margarita agarra la muñeca por la cabeza, y como Blanca no suelta, acaba por desprenderse la cabeza y Margarita cae al suelo.*)  
¡Mamá! ¡Socorro! ¡Socorro!  
¡Socorro! Blanca y Clemencia me pinchan y me hacen sangre y me rompen la muñeca.

ESCENA III

DICHAS Y ROSAÍA que acude alarmadísima.

ROS. ¿Qué te pasa, vida mía?  
Alma mía, ¿qué te pasa?

CLEM. Nada.

ROS. ¡Silencio!

MARG. Las tías.

CLEM. ¿Nosotras?

MARG. Clemencia y Blanca son muy malas.

ROS. ¿Qué te han hecho?

MARG. Me han hecho que me pinchara y me han roto la muñeca.

ROS. ¡Hija mía de mi alma!  
No me llores; ¿cómo ha sido?

MARG. Con una aguja clavada en el traje de mi nena,  
para que yo al agarrarla me pinchase.

BLAN. No hay tal cosa;  
estaba la aguja.

ROS. ¿Estaba?  
¡Si no la hubieras dejada...!  
Eres una descuidada.

CLEM. Y ella, ¿para qué nos coge la labor?

ROS. ¡Pues no falta más!  
¡No ha de cogerla, si es suya!

CLEM. ¡De su muñeca! No, Blanca,  
no te molestes. ¡Nosotras nunca acertamos en nada!

ROS. Callad. Parece mentira que gocéis en molestarla.  
La habéis tomado con ella.  
Estáis las dos dedicadas á hacerla rabiarse, y luego ¡decís que llora y que rabia!  
Ven acá, corazón mío;  
ven que te enjугue esas lágrimas y vosotras á acabarle [mas,  
el trajecito, ¡monada! (*Besando á Margarita.*)

MARG. Yo quiero que la hagan otro de terciopelo. Una bata de raso y...

ROS. Lo que tú quieras.  
Ya lo sabéis (*A Clemencia y Blanca.*)

BLAN. ¡Ay, hermana,  
qué injusta eres con nosotras!

ROS. Soy el ama de mi casa  
y no tengo que dar cuenta á nadie.

CLEM. Nosotras...

ROS. ¡Basta!  
A coser lo que ella quiera,  
y á complacerla y mirarla como yo la miro, siempre

(*Continúa*)



### MURAT EN LA BATALLA DE JENA

La batalla de Jena se libró entre el cuerpo de ejército mandado por el mariscal Ney y el del príncipe de Hohenloe. Napoleón ordenó un ataque por ambos flancos, obligando al enemigo á retirarse en dispersión. Dos br-

gadas prusianas que acudieron de refuerzo fueron completamente destrozadas por una carga de la Caballería francesa al mando de Murat. Esto decidió la batalla, en la que resultaron 12.000 muertos y más de 15.000 prisioneros

# ALEGRÍAS INFANTILES

CUENTO PARA NIÑOS

Personajes: PEPITO, niño de ocho años y de ojos picarescos; LUCÍA, hermana del anterior, de siete años y con hermosas melenas; EMILIO, vecino de ambos, de malas intenciones; *Lady*, perrita inglesa, á la que obligan los niños á tomar parte en sus juegos y á sufrir sus consecuencias.

Lugar de la acción: Una sala lujosamente amueblada, en casa de los padres de LUCÍA y PEPITO.

Los niños juegan en un pasillo; el padre, al marchar, les encarga que no entren en la sala, temiendo los destrozos naturales.

EMILIO.—¡Qué bien, solos! ¡Hoy sí que podemos jugar á gusto!

LUCÍA.—Sí, pero tenemos que tener cuidado de no romper nada.

PEPITO.—¡Bueno! Tú te callas y miras cómo jugamos. (*A Emilio.*) Vamos á la sala, llevaremos el aro y la pelota.

EMILIO.—Voy por mi *diábolo* á casa.

PEPITO.—Sí, sí, tráete todos los juguetes, que yo iré quitando lo que nos estorbe. ¿Quieres que hagamos con las sillas una plaza de toros?

EMILIO.—Sí, sí; ¡qué bien! ¡Qué bonito lo vamos á poner! ¿Quién va á hacer de toro?

PEPITO.—*Lady*. Lucía, trae la perra, ¡no seas ñoña!

EMILIO.—(*Dando grandes saltos.*) ¿Quieres que avise á los niños del principal y hacemos una corrida *formal*?

LUCÍA.—¡Ay!, no, nos van á pegar papá y mamá si llegan cuando estemos jugando.

EMILIO.—¡Bueno!, entonces trae la perra.

PEPITO.—Mira, corta unas tiras de papel de color y se las sujetamos con una cinta al cuello como si fuese la divisa.

Los chiquillos arman con sillas, butacas y demás artefactos una plaza de toros, con sus correspondientes tendidos, barreras y toril; después consiguen atraer al pobre animal para colocarle la divisa, hecha con una cinta de raso color lila, olvidada por la mamá en una butaca, no sin grandes apuros, pues el animalejo intenta varias veces escaparse.

LUCÍA.—No hacer daño á la perra, ¡no apretar tanto la cinta, que la vais á ahogar! ¡Pobrecilla!

EMILIO.—Ya está, ¡cómo salta! ¡Qué toro más bravo! ¿Le suelto...?

PEPITO.—(*Lleva por capote una elegante blusa de seda de su madre.*) ¡Tatarii! ¡Venga! (*Dando un capotazo.*) ¿Eh?, ¡toma, torillo!

*Lady*, al notar que ya no le aprisionan las débiles manos de EMILIO, toma veloz carrera, rompiendo cuanto encuentra á su paso. Cuando aún no se han dado cuenta de su desaparición llega papá, quien al notar los destrozos monta en cólera, dando á cada uno una bien merecida paliza. Los niños lloran amargamente...

Y es que siempre acaba el gozo  
ó en dolor ó en una riña.

FME.



## LAS BONDADES DE NINI

XVI

Pues señor, que también se armó el gran jaleo cuando mamá se enteró de que había hecho yo esa limosna, y se llevó riñendo qué sé yo cuánto tiempo y se lo contó á todo el mundo! ¡Cuando yo digo que esto no hay quien lo entienda!

—¿Pues no decís que somos hermanos?—les contestaba yo á los abuelos y á los papás.—¡Bonitos hermanos tengo entonces, si no me dejáis que los dé para que se vistan más mejor y para que compren jabón y no vayan tan puercos!

—Pero ¿y mi sortija, Niní, mi sortija de brillantes?—replicó mamá.

—¡Pero, señor! ¿No la gustarán también las sortijas á aquella mujer que es hermana tuya? ¿En qué quedamos? ¿Los pobres son hermanos nuestros ó no lo son?

—Más vale—dijeron los abuelos á mi mamá—que te resignes con lo ocurrido, porque la señorita Niní razona con bastante lógica y no vamos á saber qué replicar.

—¡Bueno!—dijo mamá.—Válgate la buena intención por esta vez, pitusa.

—¿Estas contenta ya, mamá? ¿Me llevarás á visitas antes que al convento?

—Sí, vendrás á visitas conmigo.

—¡Huy qué rica es mi mamá y cuánto la quiere su hijita!

Aquella tarde salimos; primero llegamos á casa de unos señores y señoras muy viejos; mamá parece que los quería mucho, y ellos se pusieron muy contentos al verme.

—¡Ay, qué alegría, que has traído al lindo bebé para que le veamos! Aquello me fastidió un poco.

—Yo no soy hebé—dije.

Y todos se echaron á reír; mamá me dijo muy bajito:

—No empieces á sacar tu geniecito, Niní, porque entonces no te llevaré á más visitas.

—Bueno, mamá—la respondí también bajito,—pero vámonos pronto porque aquí todos son viejos y se aburre uno una atrocidad.

—¿Qué dice la niña?—preguntaron.

—Nada, nada—contestó mamá, y se debió atragantar porque tosió mucho.

Después de un rato nos fuimos de allí, y mamá dijo:

—Ahora, como no has hecho nada malo, te llevaré á una casa donde hay una niña que tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Es grande esa niña, mamá? ¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿Juega? ¿Querrá ser mi amiga? ¿Irá á casa? ¿Me llevarás á paseo con ella? ¿Es buena como yo, ó mala? ¿Ha estado en algún convento? ¿Me contará cosas? ¡Ay, qué alegría, mamita, qué alegría! ¡Una niña! Vámonos pronto; corre... corre... corre más, mamá, para que lleguemos pronto... ¡Anda de prisa, que tengo muchísimas ganas de llegar á esa visita...! Pero ¿qué es eso...? ¿Te cansas...? ¿Te paras...? ¿No andas? Pues lloro...

—¡Jesús me ampare, Niní!—contestó mamá.—Sólo de oírte me he fatigado como si hubiese andado dos leguas y media... Si lo sé no te lo digo. Es preciso que te acostumbres á moderar tus impacencias y á saber esperar. Mira, nena, para ir á esa casa tenemos que esperar á que sean las cinco y media.

—¡Ay, qué risa! ¿por qué?

—Pues porque es la hora del té, única á la que esas señoras reciben. Y mira, Niní; será muy bueno que te fijes en la niña de la casa, no es tan chiquitina como tú, pero tampoco es una mujer, y, sin embargo, da gusto ver cómo ayuda á su mamá á hacer los honores de la casa y á servir á las visitas; en fin, es un encanto esa niña.

—La querré mucho, mamá, y mira, tendré paciencia hasta las cinco y media, y no te daré guerra ni te preguntaré más que una cosa. Sólo una: ¿Cómo se llama esa niña?

—Piluca—dijo mamá.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



L  
to  
na  
lu  
Fi  
al  
de  
tre  
no  
ac  
ve  
to  
sal  
y  
tu  
lis  
  
La  
Ni  
Sir



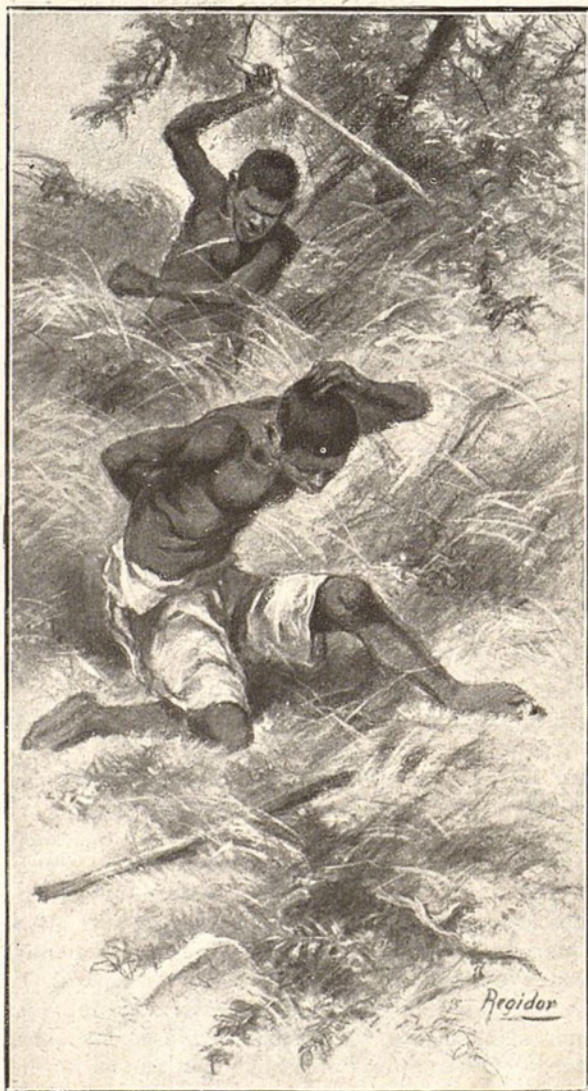
RELATOS DE CAZA

## EN BUSCA DE SERPIENTES

**L**egado el célebre explorador inglés Dudley á las inmediaciones del lago Ngami, en el Africa austral, mandó á sus fieles criados hotentotes que establecieran las tiendas de campaña, pues antes de internarse en el desierto de Kalahari pretendía levantar planos de aquellos lugares y determinar de un modo claro la situación del citado lago. Fijaron, pues, su residencia, y se dispusieron á llevarse unos días de alegre holganza. El país era delicioso. Desde las azuladas montañas del Ovampo avanzaba hacia ellos la llanura inmensa, cubierta á grandes trechos de milenarios bosques y, donde no, de altísimas hierbas y espinosa maleza; pero para que no todo fuera comer, beber y disfrutar, aconteciéles estar habitado el terreno por unas cuantas serpientes, no venenosas, más sí molestas y disformes como endriagos. Los hotentotes, espantados por tal vecindad, trataron de cazarlas, y con este fin salieron del aduar una tarde, á la hora de la siesta, los dos más bravos y arriesgados de todos ellos, y, armados de sendos garrotes, se aventuraron entre las altas hierbas, cada cual por su lado, prontas las manos, listos los ojos y no torpes los oídos.

Uno, llamado Kalikoa, avanzó dando frente á la sierra ovampiana. La tarde estaba serena, el cielo azul y el sol ofuscante y abrasador. Ni el más ligero hálito de brisa aminoraba el bochorno que se sentía. Sin tropezar más que con nubes de mosquitos y con verdaderos ejérci-

tos de langostas, Kalikoa caminó mas de una hora. Andaba encogido y con tal cuidado que apenas se sentían sus pasos; de vez en cuando se detenía y escuchaba atentamente, pero sin percibir el más pequeño rumor que pudiera asemejarse al casi apagado reptar de una serpiente. Sin desmayar por esto, siguió avanzando, y, harto ya de andar, dábase á pensar si los reptiles habrían abandonado el territorio, cuando hirió sus sutiles oídos un tenue rumorcillo que no procedía de las hierbas, puesto que éstas no se movían, sino seguramente de alguna de las ser-



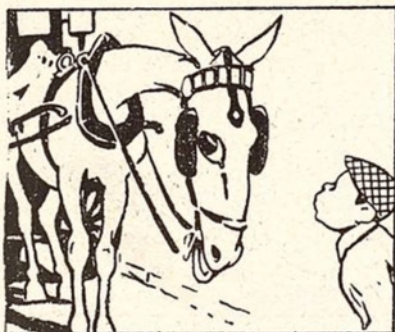
pientes perseguidas. Agazapado, Kalikoa caminó un poco, y, oído que el rumor venía hacia él, se detuvo y esperó... El reptil se acercaba ligeramente. El hotentote percibió el rozar áspero de su cuerpo, y, al fin, cuando vió que, agitadas por éste, se movían las cercanas hierbas, enarboló el garrote y lo dejó caer sobre ellas una y dos veces...

—¡Ay, ay...!— gritó quejumbrosamente una voz.

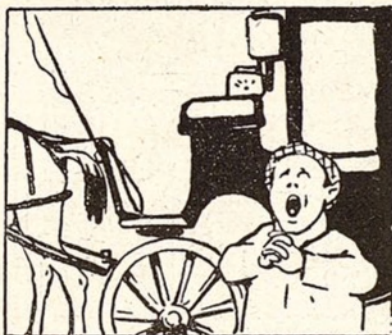
Espantado Kalikoa vió alzarse de entre los tronchados hierbazos á su compañero de caza. Y era que, cizagueantes ambos en sus caminos, se tropezaron sin verse, con mal para el hotentote sobre cuyas espaldas cayeron los estacazos.

José A. LUENGO.

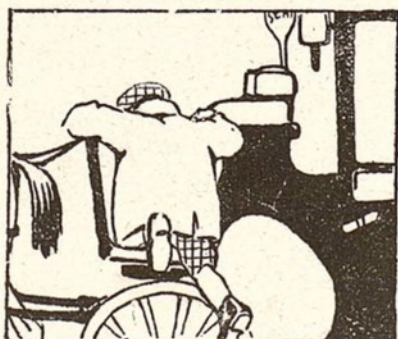
## LA GRAN CARRERA



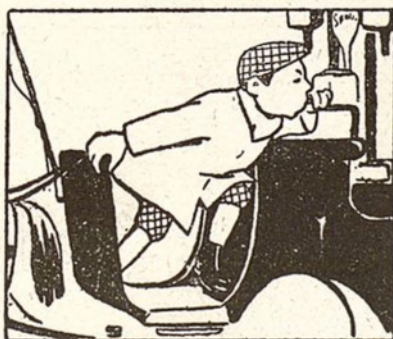
—¡Qué precioso caballo.—dijo Felipe contemplando el de un simón.



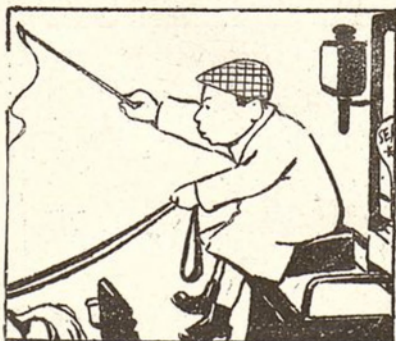
—¡Diosmío, quién fuera cochero!—dijo.—esa sí que es la gran carrera...



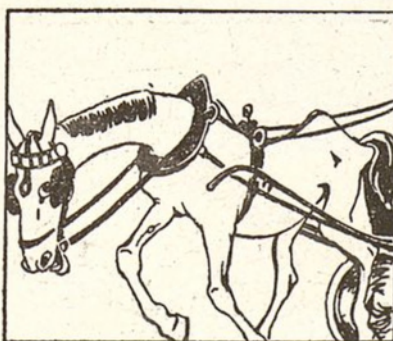
Y sin parar en barras, subió al pescante siguiendo el primer impulso del deseo.



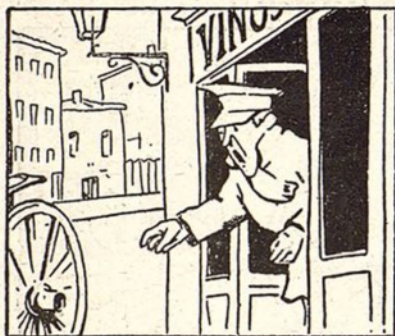
Miró á todas partes, y vió con alegría que allí no había más cochero que su personita.



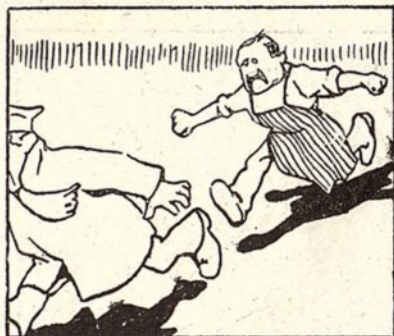
Cogió las riendas y gritó: «¡Arre!», al mismo tiempo que blandía el látigo con decisión.



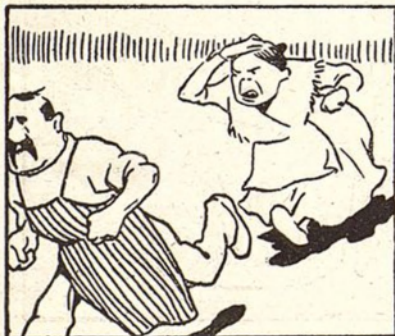
El brioso perico no necesitó más para arrancar á escape después de largo plantón.



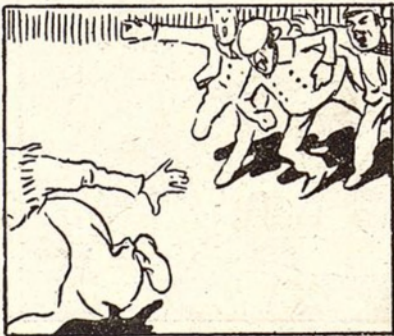
—¡Conchu!—dijo el cochero, saliendo de la taberna á toda prisa y corriendo tras su vehículo.



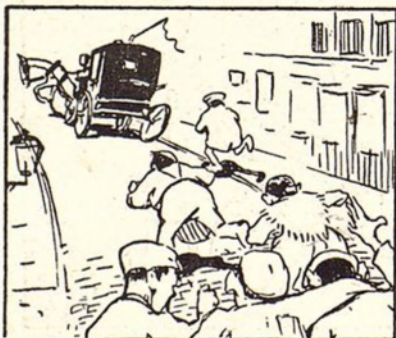
—¡Cáscaras!—gruñó el tabernero, y salió corriendo tras el auriga que huía sin pagarle el gasto.



—¡Santa Bárbara!—clamaba la tabernera, que pensó que su esposo había perdido el juicio.



Y tras ella salieron en confuso tropel varios discípulos de Baco que había en la taberna...



Uno tras otro, corrían con gran prisa en pintoresca procesión gritando: «¡A ese...!»



Una hora después volvían todos eslabonados, terminando su carrera en la Comisaría.